

Vivir en default

Aldo Ferrer tiene un recordado libro que propone “vivir con lo nuestro”. Nuestra actual situación es una variante que se podría compendiar más bien bajo el lema de “vivir con lo ajeno”.

En medio de esto, el Presidente ha declarado que, con un 50% de pobreza, no se puede hablar de compensar a los bancos por los amparos. En esta misma línea, tampoco le parece oportuno comprometerse a reajustes de tarifas, ni a apurar la reprogramación de la deuda con los ahorristas internos y externos que prestaron plata a la República. En un país que se empobreció tan súbitamente, es de hecho difícil pensar que se esté en condiciones de pagar la deuda en dólares. Pero arriesgamos caer en un círculo vicioso: persistir en la pobreza por no resolver la situación de default.

Esta situación es similar 1982, cuando el gobierno militar cayó en default. Por el resto de los 80, se frenó en seco la inversión privada y la innovación tecnológica, mientras vivíamos pendientes de los sucesivos acuerdos contingentes con el FMI. Si bien el gobierno de Alfonsín “no quiso, no supo, o no pudo” renegociar la deuda, algo que recién se logró con el Plan Brady a principios de los 90, se podía al menos cuestionar la legitimidad de la deuda en 1983. La situación actual, en cambio, es el resultado de 20 años de leyes de presupuesto aprobadas por el Congreso de la Nación.

Claro que hay una ventaja inmediata de no renegociar. El actual superávit fiscal le da al gobierno una caja importante. En una situación donde la inversión privada se ha desplomado, la cesación de pagos le permite al gobierno usar los fondos para obras públicas. También se puede volcar a fines electorales. En cambio, los beneficios de

renegociar son menos concretos, aunque esenciales para un proceso de inversión a largo plazo que va en serio.

Mientras el dólar se mantenga a tres pesos, la deuda en dólares es efectivamente impagable. Un dólar que se triplicó, mientras los salarios prácticamente no se movieron. Pero ya que casi no varió el capital físico y humano en este período, este dólar no refleja un deterioro de la productividad. Refleja la implosión de los mercados de capitales en Argentina, que son la base del proceso de inversión y motor de toda economía desarrollada. En tanto no haya mercado de capitales ni garantías para poder invertir, no va a volver a empezar un proceso de crecimiento sostenido. Por ahora, lo único que abunda son los ataques a los que invirtieron y apostaron por Argentina en los 90.

Este dólar alto refleja, en el fondo, el quiebre de las instituciones del Estado que servían como garantía de un sistema de mercado. En tanto la visión predominante del gobierno sea que los bancos y el mercado de capitales son algo parasitario, o pernicioso, y que se puede patear para adelante la discusión de los temas pendientes, los activos en Argentina van a seguir teniendo poco valor en el mercado mundial. Una política mediocre de mantener el default en realidad implica seguir desperdiciando el inmenso potencial de desarrollo que el país tiene.

Jorge M. Streb

9-9-2003